

DEL DÍA DE SÉNECA

Cuartillas del académico D. José Priego López, leídas el 15 de noviembre del año último en el certámen organizado por la emisora local de radio, en celebración del *Día de Séneca*:

Córdobeses: no es todavía una fiesta popular ésta del *Día de Séneca*, instituida por el Ayuntamiento en honor del más ilustre de los hijos de la ciudad. Estamos en el año II de su celebración, y aún la muchedumbre no se la explica. No la han inventado los más, no la han visto nacer; no proviene de creencias arraigadas, ni de costumbres añejas; no es el eco de la voz de generaciones remotas, ni el clamor de falanges aleccionadas en el culto a una doctrina: es sólo aspiración del designio de sobreponer las preocupaciones por los valores depurados de la cultura, que hermanan a los hombres, a las inquietudes por las mezquindades que los ponen frente a frente en discordias fratricidas, y es también síntoma de renacimiento de culto fervoroso a las gentes de nuestra prosapia, y a cuanto de alguna suerte ha sido venero, asiento o pilar del edificio grandioso de la patria española.

El Ayuntamiento de Córdoba merece un aplauso por la invención de esta fiesta, pues con el acuerdo cumple el deber de invitar a los naturales de aquí a prosternarse ante la memoria del varón de sabiduría con cuyo renombre nuestra dignidad crece. Como antes lo mereciera cuando fundó la primera biblioteca al aire libre en los jardines recoletos de la Victoria, bajo la advocación de *Séneca*; como cuando costeó la tirada de una selección que le ofrecí de palabras del filósofo imperecedero; como, cuando hace un año, quiso señalar el día de hoy con la apertura de la Escuela Maternal Modelo en la casa palacio de los marqueses de la Fuensanta, de la calle de Ángel de Saavedra.

La biblioteca, el libro, la fiesta son momentos del empeño de Córdoba en el proceso de popularizar a *Séneca*, o sea de infundir su estimación en el pensamiento de los muchos. Porque a eso hemos de tender: a que *Séneca* sea de las gentes, para que la fiesta tenga un sentido y llene una finalidad. Ciudadano de todos los pueblos, porque su nombradía es universal y su pensamiento es faro

que alumbra las rutas innumerables de la cultura, falta que los cordobeses sin excepción lo conozcan y reconozcan por el cordobés más representativo.

Nuestro padre Séneca, el Cordobés, lo llamó Navarro Ledesma en «El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra», cuando conjeturaba—que aún no estaba esclarecido el punto—que cordobesa era la ascendencia del autor del Quijote, que de estirpe cordobesa había nacido el Príncipe de los ingenios españoles. Y busca el parentesco entre Cervantes y Séneca en los movimientos de ánimo que rigen la vida del abuelo, de aquél que, en efecto, era cordobés de cepa, como después la vida del nieto: «Son el *sústine* y el *abstine* que gobiernan la vida española: los dos impulsos que aprovechaba nuestro padre Séneca, el Cordobés: la sumisión por cansancio, por hastío o por repugnancia que inspiran las molestias del trato humano, y después de la sumisión, la rebeldía, la renuncia a toda comodidad, la vuelta al sufrir y al trabajar». Y tras de llamar a Córdoba ciudad dogmática, nieta de Séneca, fatalista y melancólica, intransigente y acérrima, sienta esta afirmación: «Existe un genio cordobés, como han comprobado los historiadores de nuestra literatura y lo hubieran comprobado aún mejor los historiadores de nuestra filosofía, si hubieran nacido».

El genio cordobés, que desborda los ámbitos de la ciudad patricia y llena España con Séneca: «Grande debió ser el elemento español en Séneca—escribía M. Pelayo—cuando a éste siguieron e imitaron con preferencia nuestros moralistas de todos los tiempos y cuando aún hoy es en España su nombre el más popular de los nombres de los filósofos y una especie de sinónimo de la sabiduría, lo cual indica que sus doctrinas y hasta su estilo tienen alguna esencial y oculta conformidad con el sentido práctico de nuestra raza y con la tendencia aforística y sentenciosa de nuestra lengua, manifiesta en sus proverbios y morales advertencias, de expresión concisa y recogida, como los apotegmas de Séneca».

Y estudiando el carácter de su obra, Bonilla Sanmartín abunda en la misma tesis: «Español fué—afirma—porque en España nació y de antecesores españoles procedía; española ha de ser, por consiguiente, su filosofía»; agregando: «Y Séneca no es solamente español por la patria, sino también por el carácter general de sus escritos». Y aquél, que tan sagazmente buscaba en el tronco robusto del genio cordobés el brote vigoroso de Cervantes, exclama: «Séneca no es solamente un español, sino el alma española que empieza a hablar y a influir en la Historia...»

El genio cordobés alentando en el alma española por los siglos de los siglos; inmortalizado en las páginas de oro de Lucio Anneo; vivo para siempre en el numen que inspiró los *Tratados filosóficos*: De la Providencia, De la vida Bien-

naventurada, De la Constancia del sabio, De la Pobreza, De Beneficios... En los que palpita el divino espíritu cristiano; que, como ha escrito Ovejero Maury, «el cristianismo acogió la doctrina estoica con tal amplitud, que, cuando leemos a los Santos Padres, acuden a nuestra memoria los pensamientos y arengas de Marco Aurelio y de Séneca». «San Jerónimo y San Agustín lo contaban como uno de *los suyos*, y en todo tiempo los pensadores cristianos le han guardado respeto...», agrego, con Navarro Ledesma.

Así es de excelsa la figura de Nuestro Padre Séneca, el Cordobés. Su sabiduría nos obliga extraordinariamente a todos los que hemos nacido en este solar que fué y es y será el suyo, por razón de patria y de pensamiento. Nos obliga, por encima de todo, a que la admiración por Séneca se despierte en el alma de cuantos lo ignoran: nos obliga a darlo a conocer en sus obras, a poner sus escritos al alcance de la curiosidad de los más. Porque no habló sólo para los hombres de su tiempo; no predicó la moral únicamente a sus contemporáneos. Habló y predicó para las gentes de todas las edades con sentencias que serán eternamente normas de bien vivir.

Hay que popularizar a Séneca de esta suerte, y no sólo por la gloria de Séneca, sino por la utilidad de sus doctrinas para regimiento de las conductas, y alivio de los desenfrenos de ideas y de obras en que se atormentan tantos en el vértigo de impulsos y movimientos primitivos.

Así daríamos sentido pleno al día de Séneca; esta sería la razón de la nueva fiesta de la ciudad, para que, en efecto, sea de verdad fiesta de la ciudad, de los ciudadanos de Córdoba. De Córdoba, la madre del genio, la que de sus entrañas alumbró al coloso. Y con el nombre de la madre espiritual hay que pronunciar el nombre augusto de la madre por naturaleza, la de su sangre y su carne, de Helvia, la matrona insigne que lo llevó en su seno, lo amamantó de sus pechos y encendió en la mente de Lucio Anneo las primeras luces. Córdoba no la puede tener olvidada. Porque fué cordobesa, porque fué la madre y porque el hijo la inmortalizó, dedicándole uno de sus libros magníficos.

Enlacemos, como recuerdo de esta II fiesta, visiblemente, de la suerte que mejor parezca, el nombre de Helvia al nombre de Córdoba, y habremos tributado, en esta fecha memorable, un homenaje delicado y hondo a la gloria de Lucio Anneo.

Y para terminar pongo aquí, cuando el tumulto de las ambiciones agita con frenesí el fondo pasional de los que quieren desconocer los fueros del espíritu y cifran su dicha y redención sólo en las cosas que apetecen los sentidos y calman las necesidades fisiológicas, estas sencillas palabras que Séneca escribiera en *Consolación a Helvia*, del hijo a la madre: «Nada basta a la avidez, y muy poco basta a la Naturaleza».